

UN AMOR. ÓLEO SOBRE LIENZO

Marta Gómez Cordero



Toda la vida he vivido aquí dentro. Ser bidimensional no es fácil, ni especialmente cómodo, pero tengo muchos años de experiencia.

Mi localización ha ido cambiando, pero llevaba ya muchos años en Madrid, hasta hace poco. Me trasladaron en una especie de sarcófago, siempre tuve muy clara mi valía, por lo que escuchaba en el museo a los expertos. Me cegó la luz matinal de Ámsterdam, cosa que no esperaba y me sorprendió. No había estado en mi Holanda natal desde que mi creador murió.

Me ubicaron en la pared más próxima a La Ronda de noche, me hizo ilusión a la par que cierto miedo, era difícil competir en atención con una obra de Rembrandt. Mi preocupación duró poco, enseguida el museo se llenó y me quedé obnubilada con el joven de ojos verdes que a su vez me miraba embobado. Sonreí, pero por supuesto él no lo notó, otra de las desventajas de ser bidimensional. Pasados unos minutos, sin embargo, empecé a enfadarme con mi admirador, pues noté que lo que captaba su atención no era tanto mi persona, como el misterioso libro que sostengo en las manos y que parezco leer con suma atención desde hace más de dos siglos. En realidad, el libro me importa un pepino. Hace ya unos cien años que descifré el misterio, me río yo de los criminólogos, psicólogos y expertos del mundo! Nadie, hasta ahora, y aparte de mi, ha dado con la clave. Mi padre fue muy inteligente ocultando las pistas más evidentes.

Pero bueno! Qué desfachatez, qué atrevida es la ignorancia, ya lo decía mi padre. Qué es lo que les atrae del maldito libro? Tan necios son? Es evidente que fue situado ahí justamente para eso, para que hordas de sabelotodos se propusieran desvelar el misterio, y fíjate que poco han triunfado. Noto mis mejillas sonrojarse y un calor familiar que me sube por la espalda. Normalmente me molesta que el dichoso libro desvíe la atención, pero esta

vez es diferente. La molestia se me hace insoportable, física, algo extraño teniendo en cuenta que no poseo cuerpo alguno y hoy, más que nunca en todos los años que hace que existo, me gustaría poder traspasar el lienzo, tomar las mejillas de ese chico y obligarle a elevar su mirada hacia mi. La imposibilidad me está amargando mi primer día en la capital holandesa.

Pero todos mis intentos de moverme y convertirme en un ser tridimensional son en vano y, derrotada, contemplo como mi observador cierra su libreta, en la cual ha tomado notas sobre el libro y, dándose media vuelta, le veo desaparecer entre la multitud de quienes se agolpan frente al cuadro de Rembrandt. Otros admiradores se detienen y me miran, algunos con detenimiento fingido, como los alumnos de un instituto, otros con genuino interés, pero ya no soy capaz de concentrarme ni en el libro ni en la muchedumbre, que empieza a desaparecer. Las luces del museo se apagan y yo me quedo pensando si el chico volverá otro día.

